

GABRIEL RENE-MORENO

ESTUDIOS DE LITERATURA BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

DANIEL CALVO

DICHOSOS LOS QUE RECIBIERON al nacer los dones del ingenio, y que trajeron al monumento incipiente de la literatura hispano-americana un trozo siquiera labrado en su taller. Para algunos de estos beneméritos obreros los estímulos del renombre, las expectativas de la fama, los lauros de la gloria inmortal.

Pobres de los que llevaron al cultivo de las letras los anhelos más caros y ardientes de su alma, conociendo ellos mismos que las fuerzas más viriles de su espíritu no llegarían jamás hasta la impulsión que inventa y que produce. Ocio estéril son sus labores. Grato olvido descienda sobre ellos al aceptaron su suerte sin envidia, ni amargura, y si antes al contrario preconizaron los títulos literarios de los otros, empleando su sentido común en trillar el sendero todavía agreste de la crítica.

La crítica desinteresada y previsora nunca estará más obligada a usar de su derecho democrático de examen, como en esta época primitiva y rudimentaria en que nuestros gérmenes literarios se agrupan buscando cohesión y solidez, y cuando los diversos ensayos que aparecen van acaso destinados a las bases y cimientos de la nueva literatura que se levanta.

Hoy por hoy es un libro de poesías, que viene ¿de dónde? de Bolivia, que busca asilo en tierra de Chile, que se hospeda en

esta capital, imprenta de **El Independiente**, y que sale después a la calle, muy sí señor, vestido con la estampa tipográfica bajo el nombre de **Rimas de don Daniel Calvo**. Dondequiera hoy se le verá; en los clubes, en las librerías del comercio, en los salones de lectura, en las bibliotecas públicas. Los hombres del charqui aprensado y del ocho y medio por ciento lo arrojarán como importuno; los políticos militantes que no sueñan sino en la salvación de la patria lo mirarán con desdén; los cultos y letrados se detendrán a observarlo; y como su cálculo, en materia de versos criollos, fue siempre cometer una sola injusticia probable para escapar de noventa y nueve chascos seguros, acabarán por apartarse del libro distraídos e indiferentes. No le queda a éste por de pronto sino la acogida generosa y benévola de los amigos de las letras del continente, animados a este respecto de un noble cuanto ventajoso espíritu de corporación y confraternidad internacional.

Para ellos, afortunadamente, el autor no es un extraño desconocido. Las gacetas de Bolivia y algunas publicaciones literarias de Chile y aun de Europa, han presentado ya algunas muestras de su cosecha poética. Desechando no pocos de esos primeros ensayos e incluyendo la leyenda **Ana Dorset**, que corre impresa desde 1859,⁽¹⁾ el presente volumen ha recogido con enmiendas algo de lo ya publicado y mucho que todavía no ha visto luz pública.

"Muchos padres, dice Lope de Vega, son como las aves: en sabiendo volar el pájaro, válgale el aire y ayúdele el pico". Pero en la paternidad poética es siempre de otro modo; porque el bardo ruiseñor queda ahí, a responder del vuelo y pico de los hijuelos que privó de los arrullos del nido para lanzarlos a los rigores de fuera.

Y ante todo, ¿quién ese ese progenitor aventurero? La respuesta a esta pregunta de la curiosidad vidriosa, es muy breve en el caso presente.

Nacido en Sucre el 18 de septiembre de 1832, don Daniel Calvo tiene la dicha poco común de haberse mantenido en Bo-

(1) SUCRE, imp. de España, 4^o de 90 páginas.

livia constantemente fiel al honor, "cuyos altares, aunque estén abandonados, reclaman siempre y siempre sacrificio".(2)

Ha enseñado y dirigido con fruto algunos años a la juventud. Luciano decla. que "a esos que Júpiter detesta los hace en cualquiera parte maestro de escuela..." Y profesores en Bolivia, era de agregar para encarecer debidamente estos servicios de Calvo.

En el bendecido recinto de su hogar y en su pequeño mundo de relaciones, estudios y quehaceres, la poesía no fue nunca para Calvo una bagatela pasajera; sino un comercio íntimo, un recogimiento íntimo, un recogimiento grave, una predilección sin reparos, hambre del alma.

Cuando uno ve en Bolivia estas vocaciones irrevocables y, como prueba de ellas, un volumen literario sin necesidades ni barbarismos, quisiera al punto trabar disputa con ciertos pesimismoes recalcitrantes y burlescos de Hispano-América.

Parapetados tras un muro de gacetas de toda especie, boletines, carteles de anuncios, memorias del despacho, ordo rectorum, redactores del congreso, recetarios de guisos y postres, guías de litigantes, precios corrientes, bandos de policía, vindicaciones sobre empréstitos, tarifas de avalúos, bulas de cruzada, informes de sociedades anónimas, lenguajes de las flores, alegatos de bien probado, manuales de táctica para las tres armas, oráculos de la buenaventura, pastorales, silabarios, novenas, almanaques y pólizas, que, entre varios otros frutos del país, son los renglones con más demanda en el mercado y forman por lo mismo el sustento habitual de nuestra industria tipográfica; parapetados, declamos tras este muro enorme, entre risas y bravos irónicos los utilitarios empedernidos lanzan contra su contendor una lluvia de parnasos, narratorias, arengatorias y de cuanto aborto literario acertó, en el espacio de treinta años, a servir de ludibrio a la malignidad humana en las repúblicas de América. Y como su estrategia estriba en escoger bien su momento y en no dejar al contrario punto de reposo, en lo-

(2) CHATEAUBRIAND.

grando asentar el pie en la efectividad de algunos hechos y ponerse del lado de las apariencias, la burla antiliterata como que se tornará de repente en campeón invencible.

Dejémosla ahí con su buen humor, y hablemos acá formalmente.

Por poco que uno se detenga a examinar la presente actividad intelectual de Hispano-América, no dejará, sin duda, de conocer que, en lo que mira a las labores literarias y poéticas, esa actividad no corresponde ampliamente al despertamiento de ahora quince o veinte años. Los que hallaron este aserto aventurado confesarán a lo menos, que si aquellas épocas fueron una alborada precursora, no ha brillado aún el claro día de una rica primavera.

No se crea que aquí vamos a entrar en la abstracta y conabida tesis del progreso y de las decadencias. La civilización de un pueblo es algo de muy complejo, para que, con sólo ver el lento giro de una de sus ruedas durante algunos instantes, vayamos a afirmar que la máquina anda trabada en sus movimientos o que amenaza ruina. La verdad es que las mejoras y adelantos que por entre mil obstáculos vamos allegando, y esa gravitación irresistible que a la sociedad hispano-americana impulsa a un estado más próspero, son hechos de primera evidencia, como que ellos mismos constituyen nuestra porción de bienestar moral, social y político.

Mas, no por eso es menos cierto que en la suma de tamaños bienes no entra por mucho, ni aun en la mera parte que debiera, la manifestación escrita del pensamiento. La prensa cotidiana subviene a nuestras necesidades más urgentes; pero el ingenio no busca todavía con ardimiento sus formas predilectas, esas formas que ajustándose aquí a los peculiares requisitos requeridos por nuestros países, constituirían el arte literario en hecho notorio a la vez que en agente efficacísimo de cultura y progreso.

A otros pueblos cupo la gloria incomparable de amamantarse a sí propios, de formarse por sí mismos, de adquirir sin extraña ayuda el vigor y robustez de la civilización. Una ley providencial e histórica dispuso que esta América en un prin-

cipio tuviese a España por madrastra, y más tarde (y quién sabe hasta cuándo) a la vieja y sabia Europa por inevitable nodriza.

Lanzados de improviso y en edad temprana a regir sus propios destinos, los requiticos pueblos hispano-americanos gastan hoy los más activos conatos de su pensamiento y consumen lo mejor de sus energías y de sus esfuerzos, en el afianzamiento de sus nuevas cuanto movedizas instituciones; y no es mucho que de esta cotidiana tarea a las veces terrible y sangrienta, saiga el individuo mal dispuesto para la meditación espontánea y serena fuente de la originalidad creadora, y que se contente con acopiar en su memoria los tipos ultramarinos, que en la esfera de lo útil y de lo bello, viene a brindarle aquí a sus mismas puertas una civilización forastera, pero sin disputa la más avanzada de cuantas registra la historia.

La imitación he aquí, pues, un lazo muy conocido de parentesco y el aire más común de familia entre nuestros bardos. La imitación genérica, sin ahínco y como por efecto de un ascendiente inevitable; la imitación, decimos, de ciertos líricos franceses de la primera y legítima generación de la casta romántica, es en la fisonomía de los versos compuestos por don Daniel Caive una facción muy pronunciada.

La verdad es que volviendo a los contratiempos de nuestra literatura, no se divisa cuándo tendremos acá una labor incansante con muchos expertos operarios. Por ahora es en vano volver los ojos a ciertos hombres que mostraron alguna vez felices disposiciones, que tienen dadas pruebas de ilustración y saber, y que nunca pierden la afición ni los hábitos del literato. Porque fuera de algunos casos notables en el Plata, Chile y Colombia, ellos están prendados de sus autores favoritos y como enfrascados o refinados o saciados o estragados o repietos y satisfechos con las literaturas extranjeras; las cuales, si a menudo suelen levantar en los cerebros juveniles ventoleras de imitación en la inventiva de estos repastados sibaritas, dejan casi siempre la impotencia y la esterilidad incurables.

Vedios, y qué soberbios y cómo derraman a torrentes el desdén sobre cuantos ensayos dieron a la publicidad jóvenes mal preparados sin duda, pero animados siquiera de nobles y

levantadas miras! Aduaneros inexorables de la república literaria, ¡ay del temerario que sin la venia fiscal junta su bagaje y se asoma a los sagrados linderos! Custodios solapados del sancta-sanctorum de la poesía, incapaces de adorar con ofrendas, ahí están ellos para castigar las profanaciones; y en sus manos el buen gusto se convierte en lima acerada, la crítica en hacha de leñadores, la erudición en masa para demoler.

¿Qué extraña es esta furia de los doctos, cuando el vulgo, que nunca supo desdeñar a los vocingleros perjudiciales, suele ensañarse a tontas y a las locas contra ciertos principantes estudiosos y de buenas aptitudes? Años atrás decía el poeta Cortés en una carta: "He alentado a Calvo mientras muchos le hacían la guerra". Vera en efecto un justo motivo de orgullo. Más tarde, Cortés, ministro, destituyó a Calvo rector, que se había separado del amigo para militar en su contra, sin duda por aquello de Cicerón: *Ab amicis discedendum esse, si peccen in res publican*: "Se debe romper con los amigos cuando pecan contra la patria".(3)

Loado sea Dios; y maravíllense cuanto quieran los burlo-
nes, los apáticos y los indolentes. Así y todo, hay ya una na-
ciente literatura en América, compuesta de cierto número no
despreziable de obras duraderas, aparecidas aquí y allá, años
atrás y ayer, en días serenos y en noches de tempestad; aca-
badas con el arte algunas, arránques los más de una afortunada
improvisación; frutos de semillas importadas de otros climas
entre flores indígenas que brotaron a la intemperie en el crá-
ter de los volcanes.

(3) "Solo diré a Ud. que he sido de continuo alentado en mis trabajos por las
insinuaciones repetidas y generosas de mis amigos, entre los cuales por el
vivo interés que siempre me manifestó, he figurado antes de ahora don
Manuel José Cortés, de quien desgraciadamente ocurrencias políticas me han
alejado un tanto últimamente. Fue tal nuestra confraternidad literaria, que
hemos sometido alternativamente a nuestra recíproca censura nuestros ver-
sos y trabajos de todo género, aceptando con franqueza y agradecimiento
nuestras mutuas correcciones. Así he tenido largo tiempo en mi poder el
libro de composiciones literarias de Cortés, como él ha tenido en el suyo
cuanto bueno o malo ha salido de mi pluma." Carta de Calvo, fecha 26 de
mayo de 1864.

Sin duda alguna el cultivo literario ~~exige~~ en nuestro suelo virgen una estación todavía más benigna, pero que no se abatan los pueblos del continente abrumados por un cúmulo de desdichas, ni se engrían tampoco los que supieron fundar la paz pública y a su sombra el bienestar privado. Porque este nuevo ingenio que se levanta no tiene por lo visto hijos desheredados, ni preteridos, ni mejorados; y los que por su cultura precoz ganaron en corrección y abundancia, perdieron la gallarda sencillez de los que yacen en rústico abandono; o porque donde quiera truenan los ímpetus de la pasión en unos, al lado del melodioso murmurio y la blandura melancólica de otros.

Y eso que acá no hay genios- lumbreras, sabios- palancas, focos académicos, patriarcas consagrados de tradiciones venerables, apóstoles de innovaciones flamantes, faianges de secretarios, culminantes jerarquías, palestras de las artes, etc, etc. Recortes ya vistos de literatura conocidas; y ¡cuán errado anda quien, por sólo echar menos vuestro imponente estrépito, concluya que aquí el afán literario no consume una parte de nuestras fuerzas espontáneas con visos de tornarse en trabajo forzoso de la vida!

No hay en verdad todavía con qué sostener las pompas y los esplendores de un culto público, solemne, nacional; pero el culto privado y solitario de los espíritus está ahí de firme, y se puede certificar su existencia con documentos fehacientes muy estimables. Así como las praderas de los valles andinos se fueron formando por aluviones sucesivos y eventuales, el monumento popular de la literatura hispano-americana, se va componiendo poco a poco de agregaciones de partes yuxtapuestas, labradas en distintos parajes, en ocasiones diferentes y en variedad de matices y figuras; que a cualesquier giros del pensamiento y a toda suerte de gustos provinciales se sabe adaptar en su riqueza esta flexible lengua castellana! Singular y extraordinaria arquitectura, que vinculará los caracteres de su originalidad, no tal vez en las piezas separadamente ni en el invento de tipos desconocidos hasta ahora, sino en las mismas extrañas circunstancias de su formación, en la profunda unidad democrático-cristiana del conjunto, en el aspecto y proporcio-

nes de perspectivas que le darán los destinos misteriosos de esta raza ilusa, turbulenta y apasionada.

Mientras tanto, la imitación no es más que una travesía donde muchos consumirán sus provisiones y sucumbirán. En rigor no es vorágine, sino escollo. Las poesías de don Daniel Calvo nos lo recuerdan tanto y tan naturalmente hoy, cual antes de ahora las de otros poetas estimables de nuestra América.

No hay duda que la imitación tímida, servil, artificial, colmo de aspiraciones, es a menudo signo de impotencia y rauda lleva en derechura al olvido. Pero librenos Dios de pensar que la muchedumbre de nuestros bardos distinguidos, don Daniel Calvo entre ellos, pertenecen en alma, vida y corazón a esta escuela de maniáticos. Lo que podríamos sostener aquí, contrayéndonos a éste, es que el defecto de su poesía o, más bien, la deficiencia de su poesía, dimana de haber él frecuentado, sobre todo al comienzo de su carrera, las vías imitadoras. El manoseo de la imitación voluntaria le hizo caer en la imitación imprevista.

Calvo, con todo, no se muestra muy experto en la ciencia de verter poesías francesas, inglesas y alemanas a nuestra lengua de muy inspirado en el arte de la imitación específica de ciertas piezas deliberadamente escogidas. Helne, Byron, Lamartine, Hugó, tienen por ello graves cargos contra él. En el volumen que nos ocupa pueden verse unas pocas de esas poesías extranjeras, una de ellas tan mal avenida con la carta castellana de naturaleza que ha querido otorgarle Calvo, que no cede un ápice en mérito a la caterva de traducciones e imitaciones de esta especie que pululan cada mañana en América; y esto es mucho decir de quien no es ciertamente un rimador pedante. Pero es muy probable que Calvo no haya atribuido ninguna importancia a estas inocentes profanaciones autorizadas por la moda. De otra suerte, su propia conciencia fuera la primera en reclamar contra estos cuasi delitos. Por lo demás, no puede escaparse a su buen criterio, que si entre la mortandad cotidiana de esos partos sietemesinos subsisten todavía, por ejemplo todas las imitaciones que atesoró el ilustre Bello, las que estampó Irisarri y las dos traducciones que de Byron dejó

el malogrado Arcesio Escobar, es porque en su primor concienzudo el arte acertó a modelar en ellas lo que el alma había sagazmente interpretado y concebido.

La plaga de la imitación vaga y genérica, y el calco y el remedo específicos con su alarmante estadística de defunciones, han infundido un pánico terrible a ciertos pensadores, que con estos y otros males ven puestas en inminente riesgo la suerte y la existencia de la literatura hispano-americana.

No participamos de terror semejante; y es fuerza que él no haga olvidar a sus víctimas los ejemplos, en contrario, de la historia.

Una nación inmensa, en grado subido, inteligente y sensible, que hablando una lengua inmortal en medio de una naturaleza virgen y espléndida se ejercita heroicamente en la vida libre por todos los caminos de la civilización, constituye, de grado o por fuerza, más tarde o más temprano, una personalidad poderosa, original e irresistible en la manifestación literaria de su pensamiento. Los obstáculos actuales y otros aun más graves que sobrevengan, retardarán quizá los resultados necesarios; pero no cambiarán la existencia eficiente de este hecho fundamental.

Además, como adherencia de una iniciativa individual espontánea y libre, la imitación en sí misma es fuerza y lleva a la originalidad. En las bellas letras no es derecho inviolable el dominio. Con un solo rasgo bien acentuado, el ingenio puede hacer también suyo eso mismo que ya era de otro. En pedestal ajeno se esculpe estatua propia, y viceversa; o el mismo material se refunde conforme a una actitud nueva; o en la alhaja el engaste es de uno y la piedra de otro. Sobran casos de las mil diversas maneras de esta comunidad en las obras del arte.

Esta libertad suele convertirse en despotismo. El timbre fuerte, por ejemplo, borra el timbre débil. El título antiguo cede entonces al nuevo, cuyo poseedor entra al punto a adquirir con dominio pleno, absoluto, sin partícipes ni comuneros. Lo peor es que, según lo acredita la experiencia, estos despojos violentos no son los más expuestos a ulteriores revocatorias. Pero

raros. Lo más corriente es apropiarse lo que no llevando todavía sello personal, impreso o grabado, se reputa *res nullius*, aunque ya otro lo haya arrojado en el comercio humano.

¿No imitaron Olmedo y Heredia entre nosotros? El entusiasmo lírico, esencialmente personal, repentino, fugaz, no está con todo menos expuesto que los otros a las invasiones periódicas de las influencias literarias. Los siglos gloriosos imitaron. La historia del arte escuela es de buen gusto. Modelarse en sus dechados no es intrepidez en muchos; pero siempre es cautela. Es buscar un tipo de lo perfecto por el camino de la experiencia; y lo perfecto es requisito de la inspiración, no la inspiración misma.

La anarquía y el despotismo, engendrando en Bolivia el decaimiento moral, han encorvado el ánimo de la juventud hacia el vasallaje de la imitación inconsiderada; bien así como han aralgado el predominio del tambor mayor de palacio, de los prestigiadares alevos, de los histriones patibularios, de los saltimbanquis, las concubinas, los cacos y los juglares de quena y charango. Belzu decía con sonrisa irónica ahora veinte años: 'Déjenlos conspirar, que ahí les soltaré yo mis perros rabiosos'. Pero es la verdad, que ni en sus accesos de hidrofobia dio suelta aquí y allá a más de un can. Tiempos atrasados, Bolivia es hoy presa de la jauría hambrienta de todos los perros rabiosos.

Como puede notarse en la colección de sus rimas, esta pobre patria ha arrancado a Calvo nobles, sentidos y varoniles acentos. Aunque los estadistas nada durable acertaron a constituir y aunque entre tantos escombros hoy sólo quedan de pie dos de las tres cosas que dejaron los fundadores; esto es, la independencia nacional y la democracia (ya que el territorio ha visto cercenada su integridad últimamente), la musa de Calvo se ha espaciado tejiendo guimaldas a tres de esos estadistas. Sea en buena hora; y no estamos nosotros para rebatir al poeta su idealismo de admiración patriótica ni sus quimeras en materia de biografía heroica.

Aplaudimos de paso el olvido a que ha condenado el mismo su canto funbundo contra Belzu. No carece en verdad de

cierta fiereza vibrante; pero sus estrofas sobrepasan en su mayor número el diapason del arte.

Si Calvo no lo publicó en febrero de 1853, fecha de su composición, no fue por cobardía sino por prudencia. Algo más que lanzar al rostro del tirano una invectiva en cuartetos alejandrinos, fue alzarse a fines de 1854 contra él en la sublevación del entonces coronel Achá; campaña que, como la del sur en 1865 contra la usurpación de Melgarejo, a que concurrió Calvo en calidad de secretario general, tuvo un éxito desastroso y junto con muchos llevó a este último rápidamente al extranjero.

En Bolivia no hay conservadores ni liberales; y las facciones victoriosas, perversas o tolerables, no se designan con otros nombres más significativos que los meses del año y aun los días de la semana. Calvo fue partidario de la causa de septiembre, como hoy es enemigo de la causa de diciembre.

La causa de septiembre no es otra que la dictadura de Linares, que se entronizó en 1857 y vino a tierra por lo que allí se llama el golpe de Estado de 1861, en que los mismos ministros del despacho, solidarios políticos del dictador, mantataron a éste y lo enviaron a Chile a morir de pena y enfermedad.

Al inaugurarse el régimen setembrista, Calvo sirvió una jefatura de sección en las secretarías de Estado. Al principio, en los días tempestuosos de la generala y del combate, había redactado oficialmente el *Boletín Republicano*. Más tarde, en la época del afianzamiento, fue rector del Junín, confirmado a propuesta en terna de ambos consejos universitarios y municipal, y escribió en favor del gobierno *El Siglo de Sucre*.

Merece notarse que como redactor gobiernista Calvo se apartó de la ruta ordinaria de la adulación al poder; y todavía se recuerda las nobles palabras que en el *Boletín* dirigió a sus correligionarios y a la prensa amiga, cuando comenzaba a rugir horas después del triunfo el frenesí de las reformas y de las venganzas.⁽⁴⁾

4.— *BOLETIN REPUBLICANO*, de Sucre, número 13 y 25 correspondientes al 25 de octubre y 26 de noviembre de 1857.

La negrura sin ejemplo de los palaciegos de 1861, señaló como puesto obligatorio a su honor las filas opositoras, Calvo lo aceptó con denuedo.

Pocos días después, Calvo preguntaba con visible inquietud en la Causa de Septiembre, si había todavía septembristas. Cómo no los ha de haber, se contestaba a sí mismo, cuando la sociedad necesita subsistir, y la bandera de aquéllos fue: civilización contra barbarie.

Esta manera de plantear el problema político de Bolivia es un abstracto de una exactitud matemática. Pero en concreto, "civilización contra barbarie" es fórmula que allá no abona a ningún partido de oposición política, en virtud de aquella reglita peripatética: **Argumento que prueba demasiado, no prueba nada.**

Ante la impotencia radical, cien veces probada y comprobada, de todos los partidos para constituir el público sosiego, y cuando con tiranía o con libertad la anarquía devora cada vez con más furia el cuerpo social, los lemas políticos bien o mal intencionados no significan nada: nadie puede decir con acierto, **yo estoy por la civilización y aquél por la barbarie;** y la sociedad puede echar lejos a rodar a los estadistas con su ciencia política y a los partidos con su derecho público.

En Bolivia todo gobierno, por espurio que sea su origen, por depravados que sean sus hombres, por ruinosos que sean sus medios, hoy se presenta de hecho o de derecho como ejecutor de esta ley suprema y salvadora: "Necesidad moral del orden". He aquí un programa categórico, evidente, preferible a otros más bellos por cuanto para su ejecución cuenta desde luego con el poder y la fuerza pública.

Lo duro y lo triste está en que con la majestad soberana de este principio, que fluctúa entre manos aviesas y osadas, encubre su lodo, su podre y su veneno el éxito de la fuerza brutal de los cuarteles. Pero es esta extremidad a que han llegado las cosas; y ni poltrones ni revolucionarios tienen por qué quejarse; y, prescindiendo de excepciones individuales, ninguna facción o partido colectivo puede arrojar con mano limpia la primera piedra: y en pro de la civilización y contra la barbarie es

claro que esas facciones y partidos tienen, por ejemplo, para con el gobierno mismo de la causa de diciembre, hoy triunfante, graves, imperiosos y heroicos deberes.

La causa de septiembre acabó con su caudillo. Sobre erróneo, era ya inoficioso levantar a los alres como estandarte suyo el principio de los derechos esenciales de la sociedad. Pero sea dicho en su elogio, esa causa logró dejar ciertas tradiciones políticas honorables. Convenía, pues, no desperdiciarlas, antes bien utilizar en otra forma los esfuerzos combinados de sus partidarios fieles.

La fundación y organización de un partido constitucional concurrió a este propósito, y es sin disputa en Bolivia un ensayo político de la mayor importancia, aun en vista de la ineficacia actual y de los sacrificios infructuosos que ha costado.

Calvo coadyuvó a él desde un principio y hasta lo último. Dos campañas electorales, una legislatura de oposición parlamentaria, la destitución que ya sabemos, la redacción de El Constitucional en 1864, la signatura de la protesta en masa contra la apelación al pueblo con que un gobierno quiso derribar la ley fundamental, la persecución consiguiente a este acto valeroso, la campaña militar y la emigración de 1865, la inseguridad constante de su hogar, si son gajes de la vida ordinaria en Bolivia, tienen su distintivo honorífico cuando se sabe que, como soldado de la causa constitucional, Calvo no "vivió con variedad de costumbres", *varia moribus egit*, como dice Tácito, historiador de los tiempos nefandos; ni es como esos otros poltrones del mismo partido: *magis extra vitia quam cum virtutibus*, "más bien sin vicios que con virtudes".

En medio de circunstancias tales, el bardo boliviano ha proseguido su labor literaria; siendo siempre tributario sumiso de las musas desde 1851 en que dio a luz sus primeros ensayos métricos⁽⁵⁾ hasta el presente que aparece este volumen.

—"Soy mozo, soy rico y soy enamorado. — Las tres partes se tiene vuesa mercé andadas para ser buen poeta".

(5) MELANCOLIA, Poesías de D. — Chuquisaca, Imp. de Sucre, cuaderno 1° en 16°

Este diálogo pasó entre un rimador de pacotilla y Cervantes, que extensamente y con su habitual donaire lo cuenta en la Adjunta al Parnaso.

Si la postrera y cuarta parte de la jornada es el talento, un talento indisputable (acerca de lo cual calla Cervantes), no cabe duda que Calvo tiene ganada ya la mansión de los buenos poetas.

Es rico, porque no está condenado a una lucha enérgica y constante contra la miseria, porque su bienestar le ayuda a mantenerse en lo que es debido a la dignidad del arte, y porque pueda decir con Juvenal:

**Est, aliquid, quocunque ioco, quocunque recessu,
Unius domini sese fecisse lacerto.**

"Algo es poder llamarse dueño de un pedazo de tierra, por pequeño que sea y donde quiera que esté situado".

En cuanto a enamorado, Calvo lo está siempre de la misma que es hoy su esposa a la cual como a Eloisa su Abelardo, pudiera llamar mi única.

En la pieza intitulada *Separación*, de una verdad y aobriedad perfectas, se hace referencia al misterio de otra pasión antigua contrariada por el deber. La reserva del autor a este respecto es un rasgo de sensatez y buen gusto, que aplaudimos doblemente por lo demasiado confidencial, doméstico e indiscreto que se va haciendo cada día el parnaso entre nosotros. Es en vano buscar en las poesías de Calvo endechas, madrigales y anacreónticas almibaradas para requerir de amores a las damas; ni quejas, ni maldiciones o sarcasmos amasados con sangre y lágrimas para conturbarlas y sublevarlas. Ni Filis ni Teresas. La fe de una sola persona amada no es en verdad una nota amplia, bien sentida y numerosa de su poesía; pero el culto de este afecto profundo, sereno e invariable consta de sus versos más o menos sincera y naturalmente, a veces al trasluz de uno que otro requlebro romántico al uso de la época.

Sollozo elocuente de ternura casi filial, que rompió con independencia y fuerza en la famosa oda elegíaca al cadáver

de Fany, y que se prolonga todavía en algunos suspiros vagos y fugitivos, *En un álbum de... Visita fúnebre* y algunas otras. Fany en realidad no es otra cuerda diferente, sino una modulación muy particular y acentuada de la misma nota erótica; o si se quiere, otra nota, pero nota dominante, de un mismo acorde armónico.

"Soy mozo" pudiera decir también Calvo; y si no, aquí están sus poesías que lo declaran más bien.

Ante todo una restricción.

Esas poesías no son un himno del mágico poema que vive o que vivió dentro y fuera de cada uno de nosotros: la juventud. En ellas no alienta la expansión exuberante del alma en sus años floridos, con su tráfago de alegrías, penas y desengaños; no brilla la fiesta primaveral con sus transportes e inexorables inquietudes, y con sus ensueños de amor, de gloria y de libertad.

"La juventud, dice un malogrado poeta francés, la juventud se parece a las florestas vírgenes combatidas por los vientos: ella sacude a todos lados los ricos presentes de la vida y en su foliaje reina siempre algún profundo murmullo".⁽⁶⁾

Es esto último solamente, este rumor quedo y misterioso, estos estremecimientos vagabundos del viento en la espesura, lo que de la ardiente juventud canta y gime en las poesías de don Daniel Calvo.

Y hemos ahora en campo abierto y frente a frente con aquella deficiencia de su musa, deficiencia que arriba hemos atribuido a un estrago de la imitación.

Porque es menester convenir en que esta trecura juvenil que se contenta con ser lozana, afable, simpática, tierna, pero que no se atreve impunemente a ser pomposa, magnífica, profunda, marcial, tétrica, novelesca, hábil, ingeniosa, fantástica, mística, etc., no muestra en verdad el abatimiento de una esclava sino la voluntaria sujeción de una musa libre.

(6) GUERIN. *Le Centaure*.

El mendigo dadivoso fuerza es que hurte. Calvo no se halla en este caso. Distanos ¡vive Dios! de increparle un crimen, cuando sólo queremos tildarle una imprudencia.

El ingenio que se embeleza a menudo voltejeando en los campos-elíseos de las musas, y se para de repente a dejar un invento que allí viva, es ni más ni menos un tamerario; pues se arriesga entonces a un peligro, el de caer en las reminiscencias, peligro a que no está expuesto quien inventa a solas, sin emulación, recogido y absorto en sí mismo.

¿Cómo en ese instante de exaltación discernir delicadeza, lo lícito y lo ilícito? ¿Cómo separar escrupulosamente lo propio de lo ajeno? ¿Cómo abstraer la emoción de lo que uno acaba de admirar en otros, a fin de que brote puro, ingénito, espontáneo el propio acento del alma? ¿Es éste el momento oportuno para arrancar a ésta sus secretos, provocar su pujanza nativa y lanzarla en alas de un entusiasmo concentrado en su misma intensidad?

La lima, el yunque, el crisol...

Pero no lo olvidemos; estos purificativos son tardíos, se emplean o no, a menudo no se emplean, mortifican, apagan el entusiasmo lírico, su eficacia no es perfecta ni segura. Además el cantor descansa tranquilo en su buena conciencia; y allá va esa oda hija del alma. No hay que temer al vulgo; pues para él es nuevo y flamante lo que le llega primero, y en punto a reminiscencia vive siempre en la más saludable ignorancia.

Según las Doce Tablas, los hombres o son ingenuos o libertos, o siervos. Esta división del estado civil romano es aplicable a la condición de los espíritus en la república literaria. Después de una buena lectura el libre aplaude y pasa, el que fue *alleni juris* admira y se siente subyugado, el esclavo a *nativitate* idolatra y cae de hinojos; y como está escrito en la ley el que no sea persona sino cosa, si se levanta es para servir de recipiente.

El epígrafe, la cita nominal, la traducción de algunas piezas, la imitación expresa de otros, las tesis poéticas, las reminiscencias persistentes: he aquí los tributos que, aun largos años

después de sacudida la voluntaria servidumbre, el talento de un fiel liberto suele prestar en homenaje a sus patronos.

Sobra mérito para creer que don Daniel Calvo se ha emancipado ya completamente: pero los que quisieran ver siempre lozanos los laureles que ha sabido conquistarse, deben decirle todavía: alerta contra las reminiscencias involuntarias; alerta contra las odas deliberadamente compuestas conforme a una tesis preconcebida.

No fue exacto decir que Calvo pertenece a una escuela mística cualquiera: pero es indudable que en sus versos el sentimiento religioso aparece como cuerda de su lira. Muy bien puede ser que ciertas cadencias cristianas no sean en rigor acentos originales de su alma, sino ecos simpáticos de melodías venidas de lejos, simples reminiscencias lamartinianas. Con todo, la presencia divina en las maravillas de la naturaleza y el coro de las armonías universales al Ser Supremo, son cuando menos una idea poética de su imaginación, cuyo ardimiento consiguiente la lira de Calvo ha querido en épocas distintas de su carrera modular al canto.

A nuestro juicio, el gran himno de Jehovah todavía no ha sido entonado con acento duradero por ningún poeta hispanoamericano. Dios ha sido para ellos un tema lírico muy brillante, un asunto de oda propio para estentar fuego y riqueza de fantasías. Los padres griegos con el lujo oriental de su elocuencia, y Bossuet y Fenelón en el río majestuoso de su prosa oratoria, no lo consideraron de otra suerte cuando querían declarar y exaltar la razón filosófica, cristiana y providencial de las cosas creadas. Pero ya se deja ver que por este camino los más afortunados de nuestros vates no habían de hacer sino paisajes magníficos, en el fondo de los cuales, merced a algunas tintas de Chateaubriand, Lamartine y Hugo, la omnipotencia divina se diseña como fermante hacia los confines del horizonte un cielo profundo y sereno.

Si por el camino de la fantasía trazaron cuadros, pero no lograron entonar a toda orquesta la sinfonía de la naturaleza en homenaje a su Creador, tampoco lo han conseguido por la vía mucho más breve y adecuada del sentimiento. A la verdad, no

escasean acá cierta clase de piezas del género sagrado, y hasta se han preludiado melodías simples e individuales que desenvuelven el motivo de la alabanza divina más o menos ampliamente en una forma florida. Pero el alma penetrada de las maravillas de Dios está aquí lejos todavía; y preferimos mientras tanto, la salmodia cotidiana del salvaje patagón, que, sin limitar a nadie y levantando al cielo su alimento, diga: "¡Hombre poderoso, jefe de las tribus, dueño del sol! Yo soy un pobre, *po-yuchi*; protégeme. Que mañana tenga yo agua, caza y sueño. Mi comida de hoy aquí está; muy escasa, ya lo ves. ¿Tienes hambre? Tómala padre mío".

Un sentimiento vivo de la naturaleza en sus relaciones simpáticas con el hombre y con lo infinito, y la unción religiosa de una alma entusiasta y apasionada: tales son, a nuestro juicio, las fuerzas virtuales del estro que haya de convertir en ritmo lírico, el transporte de amor de la criatura humana al contemplar la gloria de Dios en los esplendores del universo. Este cántico tiene coros de melodías unísonas y acordes con diversidad de armonías concertantes. El fervor religioso no basta; pero sobre todo abandonemos como fin y medio exclusivos y primordiales la descripción y la enumeración. Ante todo, es menester "sentir alta y magníficamente de Dios", como dice fray Luis de Granada, pintor sublime de la naturaleza, que contuso y enternecido arroja de repente su paleta, y dice:

"Y por esto suplico yo ahora, Dios mío, a vuestra infinita bondad, que en tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, glorificándoos estén allí en el cielo los que os saben atabar, y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber".

¡Qué música!

De las fuerzas elementales que constituyen el ingenio poético, la imaginación, en su carácter de facultad pasiva, es sin disputa de las más susceptibles de cultura y desenvolvimiento. El entusiasmo, y sobre todo esta flor del entusiasmo que se llama numen lírico, es brote espontáneo y natural. Pero si en todo caso era forzoso que al producirse quedase atenido el estro

a sus propios alcances, a lo menos jhan sido, en su apoyo, muchas y muy fuertes las imágenes que en la memoria de Calvo han dejado mediante una experiencia personal los libros, la reflexión, la vida? La respuesta es interesante porque se refiere a un bardo y todavía en carrera.

En la estrofa octava de **Voces del corazón**, pieza de algún mérito escrita en junio de 1854, están exhibidas las alhajas principales del cofre patrimonial de su musa: el ave, la flor, la brisa, la nube y el arroyo. Estas galas y sus congéneres inmediatos han formado siempre el atavío diario. En las fiestas de guardar, la musa más bien que a empréstitos forzosos, ha recurrido a las reminiscencias vagas y muy a menudo a la fantasía, servidora de apuros, caballito de siete colores ponte allá, que en sus alas le trajo no sin deterioro preciosidades lejanas y nunca vistas por el poeta.

Abrimos el acaso el volumen en las páginas 17, 24, 49, y 74; y he aquí a las aves, las flores, las brisas, los arroyos y las nubes, solas o con sus ampliificaciones, sirviendo de vestidura al pensamiento en tres no malas poesías: A. F. LI. de L. señalada por su acento de sinceridad; Ayer, Lucy, tristísimo... soledad florida en donde, a los sitios que denuncia con su firmeza la fuga sin retorno de las dichas allí pasadas, nada añaden las nubes volanderas; y A. Elvira, sáficos-adónicos intencionalmente sin rima y accidentalmente con algunas rimas. El asonante furtivo y clandestino alca muchedumbre de composiciones de Calvo. La cuarta intitulada **La Vuelta**, galano ejemplo de sobriedad selecta, es muy natural en la pintura del sentimiento, juntando a los matices de la naturaleza la Iglesia de la aldea y la lámpara del santuario.

A veces cualesquiera de esos objetos o imágenes constituye lo principal de un pequeño cuadro, o forma el marco, o es la pincelada que da el tono a la tela. De esta clase son los dos sonetos **Para el álbum de...** y **La Flor de las ruinas**, y también **La rosa**, **Emigración**, **Visita fúnebre**, **Separación**.

Pero si se escapan de continuo a la percepción del poeta mil sensaciones pertenecientes a otros gremios; si éstas de la naturaleza campestre, para él quizá las menos familiares, no le

ayudan a imprimir una fisonomía individual a sus obras; con todo, cuando el poeta sabe con claridad de antemano lo que va a decir, lo cual no sucede con frecuencia, estos pocos colores le bastan por sí solos para breve paisaje mediante un procedimiento muy natural: la figura humana, diestramente colocada en los planos posteriores de animación y vida a todo el esbozo, haciendo resaltar los contornos del primer plano. **Desconsuelo** pertenece en cierta manera a esta especie; pero más propiamente **Otoño** y **Primavera**, bellas composiciones escritas en épocas muy distantes.

A pesar de pequeñísimos descuidos métricos y gramaticales, **Primavera** es una pieza notable por más de un título. Esbelta aparece allí la musa lanzando una mirada centellante y melancólica sobre la vida humana. Uno teme por el brío con que prorrumpe; pero la vivacidad lírica cruza con rapidez y garbo lo trivial, y va a morir muellemente entre las sombras que ella misma ompujó y acumuló. Leyendo **El premio del bien hablar** de Lope de Vega y **El mágico prodigioso** de Calderón, nos hemos preguntado varias veces ¿por qué los consonantes parecidos del **estilo precioso** de la comedia clásica, no pasan con más frecuencia al lirismo de la oda? **Primavera** ha venido a mostrar que, asociados en largas estrofas con el pentasílabo doble en su apariencia rigurosa de unidad no ofrecen los inconvenientes conocidos hasta ahora, antes bien su recurrencia sirve para ligar las notas más variadas, repasando a la vez en escalas ascendentes o descendentes los tonos de la anacróntica y la elegía.

Estos felices aciertos no autorizan a Calvo a seguir confiadamente la vía pecaminosa de los paisajes decorativos. Unas cuantas de las obras más estimables de sus últimos diez años confirman esta predilección suya por la fantasía de los colores. No es ojeriza la nuestra al género descriptivo; pero verdaderamente nada hay superior a la conmoción del alma, y el prurito de esas pinturas tiende a sustituir, a lo moral, lo material de los sentidos. No desconocemos el mérito de esas telas de Calvo; pero ¿durarán?

No están en el volumen las poesías colocadas en el orden cronológico de su composición. Con todo, **Compensación**, **Sa-**

turnino y Esther, que figuran al fin de las poesías sueltas, son de fecha punto menos que reciente. Sin pretender apocarlas, declarámos que a nuestro juicio no son ellas en sí ni un progreso ni una renovación. **Compensación** es un soneto inferior a la mayor parte de los de Calvo y Calvo los ha trabajado excelentes; uno puede calificarse de obra maestra. **Saturnino** contiene un romance descripto no exento de colorido local; pero la composición en general es casi insignificante. En la primera parte de Esther hay verdad, y merece ser recomendada. Pero con ella acabó el aliento de la inspiración. En la segunda y tercera partes comenzó la tarea del fantaseo por el rimador que forja su estrofe. La actualidad repentina en que vuela el estro lírico, no consta en Calvo, como en la mayoría de los bardos, sino de un solo momento preciso. La oda dividida en capítulos ha sido el escollo de la secta que proclamaba *l'art dans la reverie et la reverie dans l'art*. Motivos diversos aconsejan a Calvo no flarse más que del primer arranque de su entusiasmo, y de esa forma simple e independiente, casi imprevisto, que admite más tarde lima pero no tijera.

Nuestro bardo es siempre tierno en la expresión de un sentimiento entrañable de la naturaleza. A mi hijo Eduardo no es una poesía para el paladar delicado de los hombres del arte; pero tiene su sabor a fruta del huerto de casa, fruta que todos hemos probado y cuyos gratos dejes no se pierden jamás. A mi padre, familiar en el ritmo, es amante y sentida. Dos de noviembre, acabada en la forma, es una lágrima purísima. No se lee una vez sólo sino tres y cuatro, que es además muy breve. Elegía es un lamento conmovedor, artístico en las dos primeras estrofas. El soneto A mi madre es una joya de primer orden. Se parece a las obras que al pasar graban de un golpe los bardos soberanos, hasta esas telarañas que tapizan los muros del hogar desierto, son de una verdad pintoresca muy sobresaliente.

Al cadáver de Fany y Visita fúnebre son flores del mismo germen, pero que dos estaciones apartadas hicieron brotar, gentil la una, aromática la otra. Fuerza y suavidad. Como arte son dos términos importantes de comparación: lo improvisado de la partida, y un punto en la carrera desahogada ya. La elegía Al cadáver de Fany es conocida con aplauso en la América española.

Si una veintena de composiciones sueltas de poesía, distinguidas o notables, han establecido ya la reputación de Calvo como bardo cantor, **Ana Dorset** ha venido últimamente a confirmar el valor de sus aptitudes en el género lírico. La citada obra es un esfuerzo vigoroso y sostenido de entusiasmo. Un amor irresistible y criminal que fue a esconder su delirio en las tempestades del Océano, y que arrojado entre angustias y remordimientos a los vergeles de una isla salvaje y hasta entonces ignorada, halla en seguida una doble tumba en las soledades de la naturaleza, es sin duda uno de los asuntos más romancescos, patéticos y brillantes que en cualquier época pueda brindar al ingenio la historia de los descubrimientos geográficos. Sin inventar un ápice en esta aventura, llamando en su auxilio en casos apurados y para justificar sus furores pindáricos a autores irrefutables, arrebatados por su asunto como en los más privativos instantes de la improvisación lírica, Calvo entona un canto en variedad de conmociones, que se suceden en el mismo orden con que se van representando a los vivos en la fantasía del poeta las peripecias de aquella memorable historia: oda de largo aliento, semejante a esas oberturas que resumen los motivos principales de una ópera, insinuando y desfilando conforme al contrapunto algunas de sus consecuencias melódicas.

Pero el asunto, los títulos de la obra, la advertencia preliminar e ilustrativa de la edición de Sucre, y, entre las espesuras del lirismo y del énfasis filosófico, uno que otro claro donde se deslizan algunas corrientes naturales de narrativa, nos vienen a notificar, que si la nave recaló en las costas de la poesía lírica y sentó sus reales el numen de concierto con los canarios, las brisas y las cascadas en la floresta del poema elegíaco, el inexperto piloto, sin madurar su derrotero, sin fuerza de velas ni timón para vencer las olas ni los vientos, había hecho rumbo a otras playas, playas donde se extienden las llanuras de la poesía narrativa, con la mira sin duda de que sus tripulantes sintiesen y obrasen allí al uso de otro tiempo, mostrando en sus actos sus pasiones y desenvolviendo en la práctica de la vida sus caracteres, ni más ni menos que los hombres vivos y sanos que habitan la venerable ciudad de la epopeya legendaria.

Tal vez entre **Portia de Musset** por un lado, y el gran maestro inglés y el gran discípulo español por otro, el vate boliviano, no queriendo adoptar francamente el relato simple y natural, tomó consejo en el ardimiento de estos últimos con sus odas parásitas y sus divagaciones nómades, y no paró mientes en lo principal de Musset, la conclusión lapidaria estrujando y exprimiendo el jugo dramático del argumento.

No dudamos que en el volumen de **Rimas de don Daniel Calvo** haya piezas de oro y plata labradas al gusto de otros. Nuestras preferencias particulares son por las que transparentan en la nitidez del ritmo la verdad nativa, afluyente, individual de los sentimientos de su alma.

Cultura literaria, corazón sano y afectuoso, espíritu serlo y convencido, el vate boliviano, a quien con este prolijo estudio hemos querido demostrar simpatías por su conducta cívica, esté en camino de producir esa poesía generosa, bebida cordial grata a los fuertes como a las almas flacas en peligro de contagio.

Santiago de Chile, enero 7 de 1871.

NOTA. — Publicado como prólogo a *Rimas de Daniel Calvo*. Establecimiento tipográfico de El Independiente. Santiago, 1870, y también editado en folleto aparte.